

vorable, él estaba inclinado á la renuncia, pero se opuso el pueblo. Entonces tenía Roma por gobernador á Sabino, hermano de Vespasiano, quien á pesar de los consejos de la ambicion doméstica, de las exhortaciones de los magnates, y del deseo de terminar la guerra, permanecía fiel á Vitelio. Sólo cuando se divulgó la noticia de su abdicacion se decidió á empuñar las armas; pero poseido el pueblo de un frenesí repentino, le cercó en el Capitolio, donde le atacó á hierro y fuego: incendiáronse las vecinas casas, y penetrando los vitelianos á través de las llamas en el Capitolio, mientras ardian los pórticos, pasaron á cuchillo á cuantos les pusieron resistencia. Sabino fué asesinado por aquel pueblo furioso, que sacudiendo sin saber cómo su apatía, consagraba sumo fervor á defender una causa que no era la suya, y á un emperador, á quien debía arrastrar al Tiber al día siguiente.

Al saber Primo el asesinato de Sabino y el incendio del Capitolio se pone en marcha contra Roma. Aunque Vitelio se siente envalentado por el celo de la muchedumbre, le envía con las vestales un embajador á fin de reclamar que consagre á la reflexion un solo día, pero no lo consigue, y son arrollados dentro de la ciudad sus parciales. En breve es tomada; pero la batalla continúa por mucho tiempo en las calles, donde perecen cincuenta mil hombres. Hallando el populacho una salvaguardia en su vileza, aplaudia ó silbaba á los combatientes como hacia en los espectáculos; si alguno de ellos se refugiaba dentro de una casa, se divertía rechazándole de allí, gritando como si estuviese tocado de locura: ¡Muera!

Abandonado Vitelio, tentó emprender la fuga: despues se escondió en una pocilga, donde no tardó en ser descubierto. Entonces, desgarrada su vestidura, con una soga al cuello y atados los brazos á la espalda, fué paseado por la ciudad en medio de los aullidos de aquel populacho que le adoraba dos dias antes. A todos los ultrajes con que le abrumaban, no respondía más que estas expresiones: *He sido, á pesar de todo, emperador vuestro*. Pocos momentos despues habia dejado de existir (20 de Diciembre de 69). Era el octavo emperador de Roma, y el sexto que perecia de muerte violenta.

Su hermano Lucio Vitelio, que mandaba un

ejército en Terracina, depuso las armas y fué muerto. Así acabó la guerra sin que por eso sobreviniera la paz. Perseguian los soldados vencedores á los del opuesto bando, les quitaban la vida donde quiera que los encontraban, y bajo pretexto de buscarlos penetraban en las casas, presas á la sazon de sus rapiñas; el populacho les servia de guia y se mostraba no ménos codicioso que ellos. Primo se servia del mando para robar más que los otros. Domiciano, hijo del emperador, habia huido durante el popular tumulto, disfrazado de sacerdote de Isis, y ya reconocido por César, se engolfaba en toda especie de fealdades. Por todas partes se cometian desórdenes y delitos, y reducida al último apuro la pobre Italia, apenas tenía aliento para proclamar al nuevo Augusto Vespasiano.

CAPITULO VI.

Vespasiano. — Exterminio de los Judíos.

La familia Flavia, que no era antigua ni ilustre, procedia de Reato (*Rieti*). Tito Flavio, abuelo de Vespasiano, peleó durante las guerras civiles, y despues de la batalla de Farsalia regresó á su país natal en clase de recaudador de impuestos. Su hijo, que tenía el mismo nombre, desempeñó igual empleo en muchas ciudades de Asia con reputacion de hombre honrado. En seguida se retiró al país de los helvecios, donde se enriqueció prestando dinero, y tuvo de una tal Vespasia á Sabino y á Vespasiano. Este último, nacido el 17 de Noviembre del año 9, fué elevado por Calígula á la categoría de senador. Habiendo servido con honor, fué posteriormente cónsul, despues procónsul en Africa, y tomó por esposa á una esclava africana, llamada Flavia Domitila. Debió sus adelantos á su talento para la lisonja. Cuando Calígula se hizo pasar por vencedor de los germanos, festejó su triunfo con extraordinarios juegos. Solicitó entonces que los ciudadanos acusados de traicion fueran ejecutados públicamente y privados de sepultura; dió gracias en pleno Senado porque Calígula le habia convidado á una cena. Sirvió á Neron en Africa con sobrado celo para atraerse la animadversion pública. A su retorno se halló en tan mala situacion de fortuna, que empeñó sus tierras á su hermano, y

para subsistir apeló á medios poco decorosos. Pero corrió gran peligro á causa de haber cedido al sueño mientras Neron leía versos de su cosecha. Retirado al campo, aguardaba á cada instante siniestras noticias, cuando se vió elegido para hacer la guerra en Judea. La oscuridad de sus abuelos, que no infundia á Neron recelo alguno, le valió en aquel mando, en el cual se mostró excelente capitán, animoso en sobrellevar las fatigas, y pronto siempre á participar de los padecimientos de los soldados. Deshonrábale, no obstante, una avaricia, que contrastaba singularmente en la prodigalidad rapaz de su tiempo.

Fué el único que cambió para hacerse mejor cuando ascendió al imperio. Apenas supo la muerte de Vitelio despachó viveres á Italia, donde se dejaba sentir cruelmente la carestía. Confirió gobiernos y mandos á sus amigos, hombres experimentados tanto en la vida privada como en los campamentos, y no se vió en la necesidad de mirar á los soldados con liberalidades intempestivas. Licinio Muciano, conjunto de buenas y de malas cualidades, afeminado y activo, orgulloso y afable, ávido de placeres é indomable en la fatiga, fué por él investido con un poder ilimitado; desplegando en Roma una severidad oportuna, puso bajo buen pié las cosas hasta que Vespasiano, el cual hacia milagros en Alejandria, y encontraba quienes le prestaran asenso, llegó á Italia.

Si en el momento de su eleccion acudió tal muchedumbre á rendirle homenaje en el vasto recinto de Alejandria, se puede calcular la que afluyó en torno á su llegada á la metrópoli del mundo. Cada cual se lisonjeaba de verle restablecer la disciplina, de restituir al imperio su esplendor y pujanza; todos esperaban de él lo que esperan los pueblos siempre que mudan de soberano. Con efecto, reprimió la licencia militar, no siendo pródigo con los soldados y acostumbándoles á un régimen severo. Asistia á las deliberaciones del Senado, é invitaba á cada uno á que emitiera su opinion francamente. Investido con la censura, elevó á mil el número de senadores, de los cuales apenas habian sobrevivido doscientos á las matanzas anteriores; degradó á los caballeros que se habian hecho indignos de aquella categoría, mejoró la administracion de justicia, se afaná por borrar

las huellas del deplorable incendio, que habia desolado á Roma, y recogió tres mil láminas de bronce, en que estaban trazados antiguos plebiscitos, tratados de paz y de alianza, privilegios y diferentes acontecimientos notables.

A pesar de que volvia de Oriente conservó sencillas costumbres, y aunque habituado á la vida de los campamentos, lloraba siempre que habia necesidad de condenar á alguno á muerte. Hablaba á menudo de lo humilde de su nacimiento, y se mofaba de los que pretendian hacerle descender de Hércules, teniendo en muy poco los títulos, costó mucho trabajo inducirle á que admitiera el de padre de la patria. Todos tenían cerca de él el libre acceso; protegió y casó á la hija de Vitelio dándole un buen dote, y sobrellevó pacientemente al jactancioso Muciano, que suponía haberle dado el imperio. Con no menor sosiego toleró los epigramas fulminados contra su avaricia, y las invectivas de los filósofos, á quienes habia condenado á destierro. Aunque desterrado con los demas el cínico Demetrio, no solo permaneció dentro de Roma, sino que osó comparecer en su presencia y dirigirle mil injurias: *Todo lo haces, le respondió, para que te quite la vida; pero yo no mato á un perro que ladra*. No conservó ningun recuerdo de las afrentas de que en tiempo de Neron habia sido blanco, ni envió al suplicio á ninguno de los que conspiraron en contra suya, ni prestó oídos á los delatores. Habiéndole prevenido alguno que desconfiara de Mecio Pomposiano, porque habia nacido bajo el iniflujo de una constelacion que le prometia el imperio, le elevó al consulado, diciendo: *Hará memoria de este acto de amistad cuando suba al trono*.

A fin de equilibrar las rentas, restableció los impuestos suprimidos por Galba, y aumentó los demas; creó otros nuevos y entre ellos uno sobre la orina. Como Tito la manifestase lo que habia en esto de innoble, Vespasiano le dió á oler el dinero que provenia de esre tributo, preguntándole: *¿Huele mal por ventura?* Anunciándole cierto dia los diputados de una ciudad que su Senado habia decretado erigirle una estatua de gran precio: *Hé aquí la base, les respondió tendiendo la mano: bastará con que pongais encima el valor de vuestra estatua*. Ne habia delito alguno de que no fuera fácil

eximirse por dinero. Cuéntase también que confiaba las administraciones más lucrativas á los que sabian entregarse mejor á la rapiña, considerándolos como esponjas que son esprimidas luego que lo han absorbido todo. Solicitando con grande instancia uno de sus favoritos la mayordomía de la casa imperial para alguno á quien llamaba hermano, el emperador no respondió palabra; pero llamó al individuo recomendado, y despues de hacerle entregar la suma prometida al favorito por la proteccion que acababa de dispensarle, le confirió el empleo apetecido. Cuando el favorito volvió á la carga, contestó Vespasiano: *Busca otro hermano, pues ha resultado que el que me recomendaste es hermano mio y no tuyo.*

Esta es sin duda una conducta indigna de un príncipe; pero si se medita sobre el estado de penuria en que encontró las rentas, cuando segun su declaracion propia, era imposible administrar la república con ménos sextercios de 4.000.000.000 al año (700.000.000 de francos) se inclina uno á disimularle un vicio que no le indujo á las dilapaciones á que la prodigalidad habia arrastrado á sus predecesores. Con doble motivo puede perdonársele, porque aquello no le estorbó mandar ejecutar trabajos de interés público, auxiliar á los senadores poco acomodados, reedificar ciudades destruidas, reparar caminos y acueductos, proteger las artes y las ciencias, pues fué el emperador que mantuvo en Roma á expensas del Estado profesores de elocuencia griega y latina.

Entretanto la independendencia del mundo hacia de vez en cuando alguna tentativa para sacudir la opresion romana. Apenas acababa de recibir Vespasiano el título de emperador, cuando los dacios empuñaron las armas. No hallándose ya contenidos por el ejército que ocupaba la Mesia, atacaron los cuarteles de invierno de los auxiliares, y pasando el Danubio, amenazaron la trinchera de las legiones. Muciano envió pronto socorros y Fonteyo Agrippa pudo arrollar al enemigo más allá del rio cuyas riberas guarneció con una línea de fortalezas.

Irritado por otra parte Aniceto, liberto de Polemon, rey del Ponto, á consecuencia de haber convertido Neron en provincia aquel reino, reunió tropas, y bajo pretexto de socorrer á Vitelio, ocupó Trebisonda, redujo á ceniza la

escuadra que vigilaba las costas, y habiéndose aliado con los bárbaros, taló las riberas del Asia. Viridio Gemino, enviado en contra suya, atacó á sus tropas cuando se entregaban al saqueo y las obligó á refugiarse á bordo de sus naves; dándoles luego alcance con galeras equipadas á toda prisa, amenazó á Sedochesoro, rey de los lazos en la Cólchida, con hacerle la guerra, sino ponía en sus manos á Aniceto, y consintió en entregarle.

Hácia el año 8 de Cristo una tribu de catts, repelida de la Germania, se estableció en la isla que forman dos brazos del Rhin, bajo el nombre de bátavos, y aliada de Roma, sin ser súbdita suya, hubo de suministrarla cierta cantidad de tropas al mando de los principales de aquel territorio. Ocho cohortes de bátavos se habian señalado en las guerras precedentes, tanto en Germania como en Bretana; despues habian seguido á Vitelio, contribuyendo á la victoria de Bedriac eu gran manera; pero las envió á su país por mostrarse demasiado turbulentas.

Dos hermanos llenos de valentía, Julio Paulo y Claudio Civilis (69-79) vástagos de una de las principales familias, figuraban allí en el primer puesto; habiendo ingresado el último todavía mozo en el servicio de Roma, habia obtenido el título de ciudadano y el grado de prefecto de cohorte.

Sospechosos ambos de maquinaciones contra los romanos, Paulo fué decapitado y Civilis enviado á Roma, y puesto al fin en libertad por Galba. Acusado de nuevo por Vitelio, amparóle despues Vespasiano, á quien fingió ser adicto. Sin embargo, nutria el deseo de vengar á su hermano y de libertar á su patria; habiendo, pues, estudiado las disposiciones de sus compatriotas, congregó en un bosque sagrado la flor y nata de la nobleza y del pueblo; despues de haberlos excitado escanciándoles vino, hace allí el elogio de la nacion, enumera los ultrajes que ella ha recibido, de tal suerte que todos se comprometen á la venganza. El, por su parte, jura no cortarse más el cabello hasta ver libre á su patria.

Civilis no tenia más que un ojo como Anibal y Sertorio; no les cedia en denuedo, ni en recursos; su esperanza era mantenerse á la sombra de las divisiones que agitaban al impe-

rio. Requirió ayuda de los camirefatos y de los frisonos, y la obtuvo de unos y otros; enviaronle los primeros tropas mandadas por Brinnon, guerrero de feroz bravura; asesinaron los demas en plena paz á todos los romanos que se hallaban en su país. Habiendo atacado Civilis á Aquilio, le derrotó, merced á las deserciones, y su victoria le valió armas, una escuadra, las simpatías y la alianza de muchos pueblos de la Germania, y de triunfo en triunfo llegó á encerrar á las legiones dentro de sus trincheras.

Vacilaban los generales romanos ignorando en beneficio de qué emperador se empeñaban en lides. Como pagara Hordeonio Flaco el sueldo en nombre de Vespasiano, prorumpiendo las legiones en gritos de alborozo, se pusieron á beber, y pasaron de la embriaguez á la ira. Algunos dan en decir que Flaco se halla en inteligencia con Civilis; se les presta crédito, y sorprendido Flaco en su lecho, es asesinado por los soldados. Derriban en seguida las estátuas de Vespasiano, tornan á levantar las de Vitelio y cometen toda clase de desórdenes. Despues de haber saciado su furia entran otra vez en sus deberes, reconocen á Vespasiano, y como por indemnizacion de su rebeldía atacan de improviso á los bátavos y los ponen en derrota.

Aquellos levantamientos habian despertado el deseo á la esperanza de libertad en toda la Galia. No tardan los bardos en abandonar los albergues, donde han procurado eludir las asechanzas del enemigo; salen de allí con sus cantos, sus sacrificios y todo el acompañamiento de la supersticion antigua; hacen oír oráculos que prometen el imperio del mundo á un pueblo situado más allá de los Alpes, y señalan el incendio del Capitolio como prelude de la caída de Roma. Clásico, Julio Tutor de Treves, y Julio Sabino de Langres, que figuraban por aquella época en primer puesto entre los galos, resolvieron sublevar el país despues de haber escudriñado las disposiciones de sus compatriotas. Pero ¿qué se habia de hacer de los romanos que guarnecian las Galias? Degollarlos, decian los más resueltos; pero á los demas les parecia que bastaba con desembarazarse de los jefes, con la idea de que podrian entrar en la confederacion los soldados. Con efecto, se entendieron con cierto número de romanos para dar

muerte á sus oficiales, y revestido Clásico con las insignias de magistrado romano, hizo prestar á las legiones juramento de fidelidad al imperio galo.

Comenzóse inmediatamente la guerra. Civilis, que habia cumplido su voto, pudo ya cortarse el cabello; y la profetisa Velleda, recorriendo las filas de los sublevados, acrecentaba su valor afirmándoles en sus esperanzas. Pero era como siempre entre aquellos hombres denodados un fervor sin disciplina, capaz de vencer, no de sacar partido de la victoria. Mútuas rivalidades impedian á las ciudades formar una confederacion compacta y homogénea, y ponerse de acuerdo para la eleccion de una capital; y á este tiempo se sabia que aprestándose Roma á sofocar la insurreccion y reuniendo sus fuerzas á las órdenes de un emperador belicoso, hacia avanzar cuatro legiones de Italia, dos de España y una de Bretaña.

Muchos se sometieron entonces por prudencia ó por miedo, otros se vieron obligados á rendirse por la fuerza; hasta las mismas legiones que habian jurado fidelidad al imperio galo, volvieron á entrar en el círculo de sus deberes, y obtuvieron indulto. Tambien Civilis hubo de ceder despues de una larga y vigorosa resistencia, y le fué permitido vivir en Calusa. Clásico, Tutor, dos Alpinos y otros jefes, que habian permanecido fieles á la bandera de la independendencia, apelaron á la fuga ó se dieron muerte; algunos fueron entregados á los romanos, juzgados y ejecutados.

Julio Sabino, que se habia hecho proclamar emperador, fué derrotado cuando andaba propagando la insurreccion, y sólo se libertó de la muerte, quemando la casa donde se habia refugiado, y dando á entender que habia perecido entre las llamas. Su mujer Eponina, que le amaba tiernamente, lo creyó del mismo modo, y le lloró con desesperacion hasta el momento en que pudo hacerla saber que se habia retirado á una caverna con sus riquezas y dos libertos. Disimulando con esmero su regocijo al recibir esta noticia, continuó haciendo vida de viuda y llevando luto; pero bajo pretexto de sus negocios vivia mucho tiempo en el campo para estar cerca de su esposo. Dió á la luz del mundo, y crió dentro de aquella gruta á dos hijos; hasta pudo hacer salir á su marido, ignorando-

se la causa, con direccion á Roma, donde fué de incógnito, tornando luego á su retiro.

Así pasaron nueve años; al cabo de ellos miradas curiosas espionaron los pasos de Eponina, se descubrió el misterio, y encadenados los dos esposos fueron conducidos á Roma. La magnanimidad del uno, su largo martirio, la singularidad del caso, las lágrimas de la generosa Eponina, que decia: *He criado, como lo hubiera hecho una leona, á estos dos hijos en la cavidad de un antro, á fin de que fuésemos más en número para demandar gracia*, enternecieron á Vespasiano hasta hacerle prorumpir en llanto, lo cual no le impidió enviar á aquellos desventurados al suplicio. Así lo queria la razon de Estado.

Renació el orden en la Galia, es decir, la paciencia de la servidumbre, y trasformados los druidas empezaron á enseñar las ciencias romanas.

Nos detendremos más largo tiempo en hablar de Judea, á la cual dejamos reducida á provincia romana y gobernada por procuradores, entre quienes fué más célebre que otro alguno Poncio Pilatos (27—36). Aquel representante del emperador, ignorando la energía de un pueblo, á quien hacian impaciente del yugo extranjero sus antiguas instituciones, osó vulnerar sus costumbres enarbolando dentro de Jerusalem las insignias romanas, aborrecidas por los hebreos como toda representacion de hombres y de animales. Ante esta afrenta nacional y religiosa, corrieron en tropel los hebreos á suplicar á Pilatos que apartara de enmedio de ellos tamaño escándalo, y permanecieron noche y dia á la puerta del pretorio; luego, en vez de retirarse cuando mandó disipar aquellos grupos á viva fuerza, presentaron al acero su pecho inerme, gritando: *Menos dolorosa nos será la muerte que la desobediencia á nuestra ley*. Conmovido Pilatos de aquella inesperada firmeza, oyó su ruego; pero como quisiera más tarde tomar dinero del tesoro del templo, se sublevó el pueblo, y enfurecido el procurador hizo morir á gran número de judíos. Otra vez recurrió á la fuerza cuando los samaritanos empuñaron las armas á las órdenes de Simon el Mágico, en la cumbre del monte Garitzim, para buscar los vasos sagrados, que decian haber sido allí depositados por Moisés. Irritados de aquel rigor los samaritanos, le acusaron cer-

ca de Vitelio, gobernador de Siria, quien le intimó fuera á justificarse á Roma.

Cuando posteriormente murió sin hijos el tetrarca Filipo (36), Tiberio reunió sus Estados á la Siria, mientras Herodes, hermano de Filipo, conservaba la otra parte de la herencia de Herodes el Grande, ejerciendo, merced á la amistad del emperador, una autoridad casi ilimitada en aquella comarca. Fué derrotado en una guerra que emprendió contra Aretas, su suegro, rey de Arabia, y los judíos vieron en este suceso un castigo del cielo por el asesinato de Juan Bautista.

Maltratado á su lado su sobrino Agripa, se dirigia á Roma con el fin de implorar el socorro de Calígula, que ascendió al trono, le libertó de la prision donde le habia mandado encerrar Tiberio, y le regaló una cadena de oro del mismo peso que la de hierro con que habia estado cargado dentro de su calabozo. Añadió á esto una tetrarquía en Judea con el título de rey, y acaso á instigacion suya, envió desterrado á Lion á Herodes con su esposa.

Bastará aquí indicar la resistencia opuesta por los judíos de Jerusalem y de Alejandria á los decretos del emperador, que se empeñaba en violentar sus conciencias, así como el servicio prestado por Agripa á Claudio, quien en cambio sometió á su autoridad la Judea con la provincia de Tamaría y dió la Chálcida á su hermano.

Llegado Agripa á Jerusalem (42) se grangeó el afecto de sus compatriotas persiguiendo á los cristianos y restableciendo los antiguos usos. Embelleció la capital de Judea, la fortificó hasta el punto que se lo consintiera la rivalidad de sus señores, y dió á la ciudad santa el espectáculo de cuatrocientos reos lidiando en el circo al estilo de Roma. Pero los buenos frutos, producidos por su moderacion y por el brillo que restituía al reino, estaban contrabalanceados por su condescendencia servil hácia los romanos y por su ambicion, que le inducia á admitir hasta el título de dios.

Agripa no dejó más que un hijo de edad de diez y siete años (44), con su mismo nombre, que habia sido educado en Roma. Claudio queria enviarle inmediatamente á tomar posesion de la herencia paternal, pero mudó de consejo. Confió, pues, el gobierno de Judea á Caspio

Fædo, y la administracion del templo y del tesoro á Herodes, tío del nuevo monarca. En la época de la Pascua, y á fin de prevenir disturbios casi inevitables en medio de tan excelsiva concurrencia, habia destinado el gobernador una legion á la custodia del templo. Pero aconteció que, habiéndose desnudado un soldado indecorosamente, indignado el pueblo del ultraje hecho á su templo, se pronunció en tumulto. Hicieron los romanos uso de sus armas, y se dice que en aquella sedicion perecieron hasta veinte mil ciudadanos. Todo iba para el país lo peor posible; hallábase debilitado interiormente por la division de los reinos de Judea y de Samaria, no ménos que por las sectas de los fariseos y de los saduceos. Aunque esencialmente religiosas aquellas sectas, se cambiaban fácilmente en partidos políticos en un reino constituido como aquel lo estaba. Adictos los fariseos á la legalidad y al orden de cosas existente, se habian declarado en apariencia á favor de los romanos, si bien en secreto hacian votos por el cumplimiento de las profecias en que cifraban su esperanza, ateniéndose á la letra muerta, en el sentido de una regeneracion política; convencidos los saduceos de la necesidad de una mudanza habian renegado de las antiguas tradiciones; legitimistas pertinaces y liberales inconsiderados propendian á una dissolution total. Fuerza es añadir además á los sectarios de un tal Juda, que, participando de la creencia de los fariseos, repudiaban á todo soberano, hasta temporal, que no fuera Dios mismo, precipitándose de esta suerte en un republicanismo exaltado que hacia todo orden imposible y aceleraba la ruina de la patria.

Por su parte disputaban entre sí los sacerdotes, y no solo en palabras. Esto provenia de que los pontífices, elevados á las funciones supremas por la intriga y el dinero, ó depuestos por los mismos medios, pretendian recibir mayor porcion en la distribucion de los diezmos. Habianse corrompido las costumbres: así Herodes pregona el adulterio; Drusilla, hija de Agripa, abandona á su esposo para unirse á Felix, gobernador de la Judea y hermano del libertado Pallas; Berenice, hermana de Drusilla, suscita sospecha de incesto con su hermano Agripa, y á semejanza de su otra hermana Mariana, cambia de marido á medida de su antojo;

todo anunciaba que habia llegado á colmo la cólera divina. Al mismo tiempo de la fiesta del tabernáculo se puso á andar un judío por sobrenatural impulso gritando: *¡Desventurada Jerusalem! ¡Infortunado templo! ¡Una voz se hace oír de los cuatro vientos! ¡Una voz clama contra Jerusalem! ¡Una voz clama contra el pueblo todo!* Y dia y noche corria anunciando en tono funeral aquel siniestro aviso.

Al mismo tiempo cuadrillas de bandidos que usurpaban el nombre de celosos, infestaban osadamente el territorio, mezclándose entre la muchedumbre clavaban el puñal en el seno de sus enemigos, ó de aquellos por cuyo asesinato se les pagaba. Habiéndose querellado el sumo pontífice Jonatás, ante el emperador contra los actos tiránicos del gobernador Felix, fué degollado en el templo por uno de aquellos asesinos, á quien se habia remunerado por accion tan indigna (54). Posteriormente el mismo Felix hizo la guerra á aquellas bandas; exterminó tambien á ciertos fanáticos que sublevaban al pueblo; anunciándose uno de ellos como profeta habia arrastrado en pos de sí hasta treinta mil hombres, para expulsar, segun decia, de Jerusalem á los romanos. Derribado un caudillo se presentaba otro, que sosteniendo el patriotismo con la impostura, se anunciaba como el Mesías vaticinado por los profetas, y cotidianamente eran ejecutados sin distincion ninguna patriotas, mágicos ó bandoleros.

Hacia mucho tiempo que se debatía la cuestion de averiguar si debia pertenecer Jerusalem á los hebreos ó á los sirios; reclamábanla los primeros como edificada por Herodes; pedíanla los segundos como ciudad griega, apoyándose en que Herodes habia mandado erigir allí estatuas y templos. Elevada la causa á conocimiento de Neron, fue decidida por su fallo en favor de los sirios. Esta fué la señal de un general levantamiento entre los judíos. Mientras Agripa, cuyos estados habia aumentado Neron, procuraba sosegarlos, el gobernador Floro atizaba el incendio con la esperanza de sacar provecho de las turbulencias. Entre tanto el país era víctima de hierro y fuego, como acaece en todas las guerras civiles. Sin darse cuartel se degollaban sirios, romanos y judíos. Veinte mil de éstos, residentes en Cesarea, fueron pasados al filo de la espada dentro del circo; dos mil corrieron